

ADIÓS A LAS DROGAS

Raúl Pino-Ichazo Terrazas

En Europa no es secreto que algunos países han introducido legalmente el tratamiento y la provisión directa de drogas, controlando al adicto en su satisfacción y ansiedad por una dosis, a través de un sustituto químico. Igualmente se ha desprovisto del tabú de la droga, disponiendo la venta de algunas de ellas, bajo control, con la finalidad de someter a los adictos a un control y evitar que se produzca la adquisición clandestina. Este esfuerzo no es suficiente, pues no engloba el problema ni se lo extrae de la sociedad. Aquí acuden los que desean cambiar ese submundo y regresar a la normalidad.

Lo expuesto es clara confesión de la impotencia de las autoridades para erradicar ese mal. Así declaran abiertamente que, como no hay sociedad sin drogas, tampoco la Policía puede implantar una sociedad libre de drogadicción y, esto, sucede en el primer mundo. Es una constante en la política de las drogas la falta de concepción y dimensión que muestran los políticos, no sólo en los países desarrollados, sino en general. Se intenta constantemente crear normas y fórmulas, lógicamente desde el punto de vista del funcionario, para justificar la posición, pues algo nuevo y relevante hay que proponer. Los propios entendidos en la materia □ juristas, políticos y académicos □ no han podido dar una solución globalizada al problema □ aspiración nihilista □, pues las exigencias y hábitos culturales, económicos y consumistas diferencian marcadamente a las sociedades, lo cual imposibilita una solución final, como lo fue la penicilina para los diferentes cocos.

Es imposible persistir en la terquedad de que surja una solución que se pueda aplicar como una inyección, como un decreto. Aquí se trata de una vicisitud que implica a la naturaleza del ser humano, que ataca sus flaquezas, hostiliza su desarrollo y crea el ambiente propicio para evadirse de las obligaciones inherentes a la vida misma. Surgen así dos tendencias muy marcadas: una, la de la elección del camino esforzado del aprendizaje de la vida, con toda su tortura y cruel experimentación que devienen en un resultado acorde con las facultades del ser humano, llamadas equilibrio, razonamiento, cautela, ponderación y consideración al prójimo, como examen final, antes del surgimiento de una actitud que es, una vez ejecutada, irreparable como la muerte; la otra es la elección del camino peligroso, por exceso de confianza en sí mismo y suficiente dosis de soberbia, que impulsan al sujeto a no reprimir cualquier tentación o experiencia, porque experimentar es ejecutar y una vez consumado el acto no podremos borrarlo de la existencia, pues es también un marco de referencia negativo que asumirá su vigencia en el momento menos pensado de la vida.

Son estas dos alternativas tan claras y contundentes las que simplifican la incomprendida división, hoy existente, entre



los que luchan por la preservación de sus valores y la estructuración de una conciencia equilibrada y consecuente; y los que se sienten víctimas de la sociedad, pues no les proporciona abrigo, protección, ni ayuda para sus deslices, malos hábitos y degeneraciones, sin dejar de mencionar la vida placentera, las vivencias extraordinarias y el expendio de dinero para justificar una confrontación existencial y la obsecuente demanda a los padres, culpables de tales desbordes.

Lo extraordinario de todo esto es la confrontación con la realidad. Pese a su desgarradora crudeza, no encontramos el poder de reacción en la mayoría de los jóvenes adictos, siendo los índices de vidas recuperadas del vicio de la droga, muy bajos. La experiencia del sustituto Metadona en lugar de la droga (marihuana, cocaína) ha conseguido algunos logros, pero estos son insustanciales en comparación al constante incremento de la adicción de los jóvenes. Se han intentado fórmulas, desde el expendio oficial y controlado de drogas, la habilitación de lugares especiales para inyectarse y, de esta forma, hacer difícil la comercialización a los distribuidores, la permisividad de adquisición libre de algunas drogas en determinadas y controladas cantidades, hasta la fuerte inversión para situar a todos los adictos tras las rejas, en instituciones especialmente equipadas y un ejército de médicos, psicólogos y nutricionistas. Esto se ha realizado en el primer mundo, por lo avanzado de sus sistemas legales y la capacidad económica de inversión. Para el segundo y tercer mundos estos emprendimientos serían impensables, básicamente, por la escasez de medios económicos. Los resultados obtenidos arrojan sin embargo conclusiones endeble y poco convincentes para erradicar definitivamente esta lacra social del siglo XXI. No se trata de minimizar los esfuerzos que realizan las sociedades desarrolladas a través de sus gobernantes para aminorar el mal, pero es un hecho que éste es atacado cuando está ya iniciado y que se hace muy poco por la prevención.

La única prevención efectiva y totalmente confiable radica en la formación de los jóvenes, en la que se deben invertir sumas considerables. La educación en el hogar, con padres responsables que adecúen y ejerciten fielmente sus roles, más una sólida orientación moral, con la insistencia sin desmayos en el resurgimiento de los valores transmitidos en la escuela o el colegio, conformarían una barrera casi impenetrable que restaría masivamente adictos a las drogas hasta hacerlas perder su vigencia y dejen de constituir un lucrativo negocio, como lo es hoy, quizás el mejor e inmediato para la adquisición de enormes cantidades de dinero. ■

Raúl Pino-Ichazo Terrazas. Boliviano, abogado corporativo, catedrático y escritor. Es autor del libro *Adiós a las drogas*, declarado recientemente texto recomendado para escuelas y colegios por el Ministerio de Educación de Bolivia.